

Literatura y clarividencia

Sarmiento, Arlt, Fogwill

Manuel Cantón

La literatura argentina ha producido autores capaces de ver más allá del presente. Sarmiento, a través de sus viajes y mapas, superpone el futuro de Estados Unidos al presente argentino. Arlt, más individualista, presenta inventos frustrados y delirios que cifran la forma futura de la realidad. Fogwill, obsesionado por el dinero, destaca por su visión ajena y descarnada de la sociedad, con *Los pichiciegos* un ejemplo de su clarividencia al prever el final de la guerra de Malvinas. Cada autor utiliza la técnica y la ensoñación de manera única.

* * *

Hay libros que le hablan al futuro. La clarividencia no es apuesta, no es futurología, no es especulación; es solo lo que indica su nombre: la facultad de ver claro lo que está oscuro. Y lo que está oscuro es, casi siempre, el porvenir.

La clarividencia ocurre en el aquí y en el ahora, pero solo puede verificarse en el después. Funciona como los acertijos de los oráculos: el sentido de sus palabras se entiende *a posteriori*, cuando los hechos anticipados ya ocurrieron. Lo predicho tiene que cumplirse para revelar la clave del acertijo. La clarividencia es, entonces, un efecto de lectura y una intención de escritura.

Aunque sea clarividente, *el que ve* —el que escribe— es estrictamente contemporáneo. Se actualiza en el futuro, pero su literatura es siempre actual. En este sentido, la clarividencia no puede coincidir nunca con la ciencia ficción, que proyecta el presente hacia el futuro; o quizás —esto sería más exacto—, que usa al futuro para hablar del presente. La

clarividencia, en cambio, *trae el futuro hacia el presente*. Hace ocurrir ahora lo que todavía no es.

Por eso la literatura clarividente no es realista. Se basa —como toda literatura— en lo real; pero lo torsiona, lo desarma y lo delira hasta convertirlo en algo distinto, que todavía no es. Su método es la alucinación, y su resultado es el asombro.

La literatura argentina ha dado grandes clarividentes. Nombremos tres: Sarmiento, Arlt, Fogwill.

Sarmiento

Un visionario, dicen. Sobre todo: un visionario, *dice él*.

La clarividencia de Sarmiento trae un problema metodológico. Da la casualidad de que él, Sarmiento, autor del *Facundo*, cronista del Ejército Grande, pluma afilada y lengua de plata; él, Sarmiento, enemigo de Rosas, amigo de sí mismo, mitómano risible, enamorado de Europa; él, Sarmiento, racista decimonónico, mejor escritor en español de su siglo — y quizás esa distinción le queda corta—; él, Sarmiento, da la casualidad, fue también presidente de la República Argentina.

Salgamos entonces de Argentina, y vayamos a un lugar donde su influencia material haya sido menos notable. Entre 1845 y 1848, Sarmiento hizo un largo viaje que lo llevó por África, Europa y Estados Unidos. Lo hizo a cuenta del gobierno chileno —un humilde maestro de escuela no podía permitirse ese tour— con el objetivo de estudiar los distintos sistemas educativos alrededor del mundo. De ese viaje salieron dos libros. Por un lado, un tratado pedagógico: *La educación popular*. Por

el otro, una especie de relato de viaje, a medias novela de aventuras, a medias *bildungsroman*, narrado en forma epistolar: sus *Viajes*.

De alguna forma, *Viajes* narra una historia de amor en dos tiempos. Primero, la desilusión de un romance platónico: cuando Sarmiento recorre Europa —ese territorio mítico que, sin conocer, tanto admiró—, se desencanta terriblemente. Europa es lenta, agónica y anticuada; es la decadencia. Después, en un segundo momento, viene el amor joven, apasionado y carnal: Estados Unidos. Ahí, dice David Viñas (1998) en *De Sarmiento a Dios*, descubre que “ese era el presente de lo que podía llegar a ser su propio país” (13).

Desdibujando la geografía, Sarmiento logra superponer dos tiempos: el presente de Estados Unidos es el futuro de la Argentina. Y esa superposición, que aplana la realidad en un continuo, tiene su correlato técnico: el mapa. “A todo el país, Sarmiento pretendía poseerlo concienzudamente metiéndoselo en el bolsillo mediante el *Appleton’s New and Complete United States Guide Book for Travelers*” (16), dice Viñas. Es cierto: el mapa representa, como otras técnicas burguesas, una intención de poseer, de nombrar y de conquistar. Pero, en este caso, también es un *instrumento de previsión*.

El uso clarividente del mapa es, para Sarmiento, una parte fundamental del desarrollo histórico norteamericano. Ese desarrollo le exige una *narrativización* casi alegórica; siempre que puede, Sarmiento convierte un proceso histórico en un drama particular:

Con el mapa extendido a la sombra de los bosques, el ojo profundo [del *yankee*] mide las distancias del tiempo y del lugar [...]; y encuentra en su mapa las encrucijadas forzosas que han de hacer (...). Si después de fijados estos puntos, halla un manto de carbón de

piedra, o minas de hierro, levanta el plano de la ciudad, le da nombre y vuelve a las poblaciones a anunciar por los mil ecos del diarismo, el descubrimiento que ha hecho del local de una ciudad famosa en el porvenir (Sarmiento, 1993: 322).

El yankee no funda, sino que *descubre* una ciudad del porvenir. Y solo se puede descubrir lo que ya está hecho.

Sin embargo, Sarmiento no solo representa el drama del descubrimiento.

También —no podía ser menos— lo interpreta:

Ahora, busque usted en el mapa de los Estados Unidos un punto a propósito para esta secreción interna [la industria nacional], reuniendo además las condiciones de viabilidad y abundancia de elementos de fabricación, hierro, maderas, carbón, etc. Si usted no lo encuentra tan pronto, yo se lo indicaré. Hacia el interior de la Pensilvania los ríos Ohio, Alleghany y Monontgahella se reúnen para dirigirse al Mississippi, la grande arteria que distribuye y concreta como hemos visto el movimiento interior (Sarmiento, 1993: 294).

Sarmiento, como un buen yankee, señala dos puntos en el mapa: Pittsburg primero, Buffalo después. Con el primero acierta; con el segundo erra, pero por poco. Frente a Buffalo, en la orilla opuesta del Erie, décadas después, se desarrollarán Cleveland y Detroit.

El mapa le permite a Sarmiento mirar desde lo alto. Es el instrumento de lo que Viñas (1998) llama su “mirada olímpica” (18): una forma de aplanar el espacio y el tiempo en una única superficie interpretable. La clarividencia aparece cuando lee la cifra del mapa, y encuentra ahí un futuro ya dado.

La campaña de Urquiza contra Rosas, en 1852, es un punto de inflexión en la obra de Sarmiento. Por un lado, implica la derrota de su gran enemigo, tema y protagonista de casi todos sus libros. Por el otro, su servicio como soldado lo lleva a recorrer esa tierra desconocida a la que le había dedicado tantas páginas: la Pampa, el Río de la Plata, Buenos

Aires. Hasta ese momento, Sarmiento escribía sobre el tirano de un país que no conocía.

Este proceso de descubrimiento trae algunos problemas. En *La campaña del Ejército Grande*, Sarmiento no le tiene miedo a la derrota —de vuelta: la victoria ya está escrita—, sino al después. A que Urquiza no esté a la altura de su misión. Uno de sus enfrentamientos tiene que ver precisamente con los mapas:

Entre mis curiosidades de campaña traía yo la carta topográfica de la provincia de Buenos Aires (...). Sacar la carta topográfica en aquel Estado Mayor (...) habría sido exponerse a un coro universal de ridículo; porque fuera de bufonada, el idioma del Estado Mayor era el guaraní. (Sarmiento, 2021).

El problema, para Sarmiento, es que Urquiza y él no hablan el mismo idioma (literalmente). La barrera idiomática también es interpretativa: Urquiza *no lee el mapa*. Eso significa, por lo tanto, que no tiene visión; Urquiza no es, como Sarmiento, un clarividente. Por eso se pregunta — en *Argirópolis* una vez, en *La campaña...* dos veces—: “¿Será él el único hombre que habiendo sabido elevarse por su energía y talento, llegado a cierta altura no ha alcanzado a medir el nuevo horizonte sometido a sus miradas (...)?” (Sarmiento, 1994 y 2021). En ese breve fragmento, varias veces repetido, aparecen tres de las herramientas fundamentales con las que Sarmiento superpone el futuro al presente: altura, mirada y medida. El mapa es su técnica y su representación.

Arlt

El caso de Roberto Arlt es muy distinto. Él no es, como Sarmiento, un *visionario*; es algo más rastrero pero igual de ambicioso; es un técnico también, pero individualista, particular y urbano, menos burgués y más

proletario; sus herramientas son más toscas, más roñosas y más puercas que los mapas importados y los fracs impolutos. Él es, por sobre todas las cosas, un inventor.

A Arlt se le atribuye una frase, probablemente apócrifa, en la que dice que “más que un escritor que inventa es un inventor que escribe”. Es un rumor oportuno. En Arlt, los inventos de la ficción y de la realidad se confunden. Erdosain, en *Los siete locos*, se obsesiona con desarrollar una rosa de cobre. Esa chuchería no es tan distinta a las medias engomadas casi indestructibles con las que Arlt esperaba hacerse rico (y que, por supuesto, nunca pudo desarrollar).

Beatriz Sarlo (1998), en “Guerra y conspiración de los saberes”, dice que el saber técnico del inventor “es la figuración del futuro en el presente, y sus delirios le dan su forma característica a la ensoñación moderna” (58). El inventor, en su alucinación, busca *primerear al futuro*. Por eso su figura se integra tan bien a las ficciones de Arlt, llenas de canallas, traidores y miserables; a esas ficciones donde todos buscan pisarle el cogote al de abajo y serrucharle el piso al de arriba; donde, como dice Oscar Masotta (2021) en *Sexo y traición en Roberto Arlt*, no hay comunidad entre humillados.

El inventor se encarga de traer el futuro al presente; esa es su búsqueda deliberada. Sin embargo, en Arlt, esa búsqueda es casi siempre infructuosa. Sus inventores, lo mismo que él, nunca alcanzan sus objetivos. El Astrólogo —admirador confeso de Edison y Ford, industrialistas e inventores— no lleva a cabo su revolución; Erdosain no consigue su rosa de cobre.

Este modo intencional y frustrado se complementa con otro inconsciente y exitoso, que tiene la forma del delirio:

ErDOSAIN se levantó, envarado por una alucinación.

Veía a su desdichada esposa en los tumultos monstruosos de las ciudades de portland y de hierro, cruzando diagonales oscuras a la oblicua sobra de los rascacielos bajo una amenazadora red de negros cables de alta tensión. (Arlt, 2009, 89).

Recordemos: esa cita es de 1929, siete años antes de la inauguración del Kavanagh, primer rascacielos de Buenos Aires.

Dice Ricardo Piglia (2000), en “Un cadáver sobre la ciudad”, que “la realidad se ha ido acercando cada vez más a la visión ‘excéntrica’ de Roberto Arlt. Su obra puede leerse como una profecía: más que reflejar la realidad, sus libros han terminado por cifrar su forma futura” (38). Esa visión excéntrica está en gran medida determinada por el estilo. La prosa de Arlt empuja sus narraciones hacia el futuro. Su lunfardo ilustrado nunca fue hablado por nadie más que él, ni siquiera por el más rusófilo de los tangueros (salvo quizás por Discépolo en sus columnas radiales).

En su aguafuerte “El idioma de los argentinos”, publicada en *El Mundo* el 17 de enero de 1930 —es decir, en la época en que estaba escribiendo *Los lanzallamas*, segunda parte de *Los siete locos*—, él mismo habla de la forma en que fuerza el motor de la lengua. Dice:

(...) lo absurdo que es pretender enchalecar en una gramática canónica las ideas siempre cambiantes y nuevas de los pueblos. Cuando un malandrino que le va a dar una puñalada en el pecho a un consocio, le dice: ‘te voy a dar un puntazo en la persiana’, es mucho más elocuente que si dijera ‘voy a ubicar mi daga en su esternón’. (...) si le hiciéramos caso a la gramática (...) nosotros, hombres de la radio y la ametralladora, hablaríamos todavía el idioma de las cavernas. (Arlt, 2017: 158-159).

Este estilo tan particular, tenso, leído y callejero, produce la impresión de que Arlt escribe en la jerga de un país que no existe. Es el argot de un barrio secreto de Buenos Aires. Así se vuelve contemporáneo estricto del futuro: esa lengua —como los inventos frustrados, como las revoluciones inconclusas— nunca existió, pero todavía podría existir. Esa promesa lo empuja hacia adelante.

Fogwill

Rodolfo Fogwill también tenía una gran imaginación técnica. En parte por eso Daniel Link (2023), en “Seis personajes en busca de un autor”, dice que “la de Fogwill es una inteligencia ‘superior’, y por lo tanto un poco inhumana: como si se tratara de la inteligencia de una divinidad o de un alienígena, siempre un poco más allá de la capacidad de comprensión del común de los mortales”.

Fogwill se parece, y por eso entiende, a las máquinas. En *En otro orden de cosas*, el protagonista empieza su ascenso en la escala social modificando la capacidad de carga de un bulldozer. La diferencia con Arlt está en que es un invento *exitoso*. Y es que el paradigma de Fogwill es bien distinto. Sus inventores no quieren ser geniales; quieren ser millonarios. Sarlo (1998) dice que, en Arlt, “aunque el dinero aparezca como el reiterado sueño del ‘batacazo’, son los saberes el objeto del deseo”(23). Ese deseo no existe en Fogwill.

Se habla mucho de Fogwill como cronista de la droga. Esto es verdad — la cocaína está en todas partes—, pero solo hasta cierto punto. Porque Fogwill es, quizás por sobre todas las cosas, un *narrador del dinero*: en la literatura argentina, es el campeón absoluto del *currito*. Sus novelas están llenas de ventajitas y negociados, de avivadas y oportunismos, casi

siempre nepóticos o ilegales. *Vivir afuera* (1998) es prácticamente un catálogo de rebusques de este estilo:

—Sí que era peronista y de eso se jactó él mismo delante de mi vieja y de las compañeras del taller de *kabbalah*. Les contó que conocía a Evita y que una vez la llevó a Evita al templo de Libertad y que al *rebbe* le hizo cantar la marcha peronista en hebreo. Él fue el que hizo la traducción y se la pagaron una fortuna (245).

Vale aclarar: el oportunismo también es una forma de clarividencia. Como las visiones sarmientinas, como los inventos arltianos, los negociados de Fogwill *llenar un vacío*. Hacen existir lo que todavía no es, pero que, por el flujo predecible de lo real, es inevitable que sea. Sarmiento lee los mapas y los ríos; Arlt, la ciencia popular y la técnica. Fogwill sigue el dinero. La inteligencia inhumana de Fogwill tiene mucho que ver con esa perspectiva ajena y descarnada de la sociedad. Eso lo vuelve muy bueno detectando intersticios y junturas, los espacios que el dinero —esa energía potencial del capitalismo— siempre está dispuesto a ocupar.

Sin embargo, si vamos a hablar de clarividencia en Fogwill, no podemos quedarnos con su perspectiva de rapaz buscavidas. Hay un caso impostergable: *Los pichiciegos*.

Los pichiciegos, escrita durante la guerra de Malvinas, predice el final del conflicto. Y Fogwill lo sabía. Por eso estaba tan preocupado por conseguir que la publicaran lo más rápido posible, antes de que la realidad le ganara de mano; quería aprovechar esa ventaja, demostrar que él había anticipado lo que nadie, que él había visto claro lo que para los demás estaba oscuro. Martín Kohan (2023) trata este tema en “Sobre *Los pichiciegos* de Fogwill”:

Visiblemente hay en *Los pichiciegos* una resuelta declinación de cualquier opción realista o testimonial para el relato: su relación con la realidad de los hechos no es en absoluto de plasmación verista, sino al revés, una relación de interferencia y reversión. Pero es por eso, justamente, que había en Fogwill ese afán tan urgente de pronta publicación. Una representación fidedigna de los acontecimientos habría admitido sin problemas cierta distancia temporal; el propósito de intersectarlos, en cambio, esa voluntad de corroerlos y contrarrestarlos, resultaría en principio tanto más eficaz cuanto mayor fuera su proximidad cronológica con lo narrado.

Es decir: el relato alucinado de *Los pichiciegos* anticipa la realidad, y la corroe. No puede ser realista, porque para contar lo que no existe el realismo no alcanza. El procedimiento, sin embargo, no es muy distinto al de su oportunismo habitual: leer los signos —“los datitos”, como dijo en una entrevista con Kohan (2006)—, avivarse, llegar primero a donde los demás van a llegar después.

La literatura clarividente hace ocurrir en el presente algo que le pertenece al futuro. No tiene una forma única. Se puede ser un visionario, un inventor o un oportunista; se puede ser un profeta, un revolucionario o un vivo; se puede ser Sarmiento, Arlt o Fogwill. Los tres autores aprovechan la técnica, motor industrial del capitalismo, pero con distintos niveles de involucramiento. Conocen el valor del dinero, energía en estado puro y flujo potencial, pero donde Sarmiento —como indica el famoso diario asociado a sus *Viajes*— lo gasta, Arlt lo pierde y Fogwill lo gana.

Los tres autores conocen, también, el valor de la ensoñación. La de Sarmiento tiene la forma de la alegoría histórica; la de Arlt, de delirio técnico; la de Fogwill, de alucinación narcótica. Son géneros distintos, pero tienen algo en común: se despegan de la realidad presente. Así le hacen lugar al futuro, que ellos también envisionan para sí mismos.

Sarmiento quiere ser Washington o Franklin (y lo logra); Arlt quiere ser Edison o Ford (y fracasa); Fogwill quiere ser Fogwill (y no lo intenta). Qué ocurre: hay libros que hablan el futuro.

Referencias bibliográficas

- Arlt, Roberto. 2009. *Los siete locos*. Losada: Buenos Aires.
- . “El idioma de los argentinos”. En *Aguafuertes y notas periodísticas*. Eudeba: Buenos Aires.
- Fogwill, Rodolfo. 2011. *En otro orden de cosas*. Interzona: Buenos Aires.
- . 2003. *Los pichiciegos*. Octaedro: Buenos Aires.
- . 1998. *Vivir afuera*. Alfaguara: Buenos Aires.
- Kohan, Martín. 2014. “Sobre *Los pichiciegos* de Rodolfo Fogwill”. En *La república posible*. Diego Ventivegna y Mateo Niro (Eds.), recuperado el 21/9/23 de <http://bibliotecasparaarmar.blogspot.com/2018/05/sobre-los-pichiciegos-de-fogwill-por.html>
- . 2006. “Fogwill, en pose de combate”. Recuperado el 21/9/23 de <https://interzonaeditora.com/noticias/fogwill-en-pose-de-combate-304>
- Link, Daniel. 1999. “Seis personajes en busca de un autor”. En *Página/12*, recuperado el 21/9/23 de <https://www.pagina12.com.ar/1999/suple/libros/99-10/99-10-10/nota1.htm>
- Massota, Oscar. 2021. *Sexo y traición en Roberto Arlt*. Eterna Cadencia, Buenos Aires.
- Sarmiento, Domingo F. 1993. *Viajes por Europa, África y América. 1845-1847*. Fondo de Cultura Económica: Buenos Aires.
- . 2021. *La campaña del Ejército Grande*. SAGA Egmont.
- . 1994. *Argirópolis*. A-Z: Buenos Aires.
- Sarlo, Beatriz. 1988. “Guerra y conspiración de saberes”. En *Una modernidad periférica*. Nueva Visión: Buenos Aires.

Piglia, Ricardo. 2000. "Un cadáver sobre la ciudad". En *Formas breves*, Anagrama: Barcelona.

Viñas, David. 1998. *De Sarmiento a Dios*. Sudamericana: Buenos Aires.